

problema fundamental y es erróneo calificar y generalizar a base de él.

Guillermo de Torre en su prólogo a «El muro» de Sartre que de acuerdo con nuestra costumbre, leímos después de agotar la lectura del libro, para cotejar valoraciones e impresiones, encuadra en forma maestra, el existencialismo literario. Señala como factor primordial, la influencia del lirismo sobre la novela que viene, seguramente, desde Balzac hasta Proust, de éste a Joyce y del genial autor de «Ulises» a todos los novelistas modernos, y en seguida subraya la nueva visión que obtiene Sartre, guiado por su genuino lirismo y por su concepción filosófica de la vida.

Sartre, autor de un tratado de filosofía, a la alemana, de más de ochocientas páginas en letra apretada, no hace disquisiciones experimentales ni eruditas en sus novelas y relatos. Sencillamente, lanza a vivir sus personajes, con la misma técnica que empleaba Balzac, poseedor de una filosofía intuitiva. Y si en su concepción existencial quiere ir en busca de las denominaciones más simples, como sería escarmentar la flaqueza de un número que, siendo otro, variaría la estructura de todo un sistema o de un instrumento de uso práctico, en su novelística busca una visión propia del hombre, más cercana a la complejidad de su esencia. Conviene leerlo, a este propósito, en su novela «La náusea», para convencerse de su ausencia de sociología naturalista y desentrañar el profundo sentido de esta afirmación suya: «para que el suceso más trivial se convierta en aventura, es necesario y suficiente contarlos».

<https://doi.org/10.29393/At276-16LELM10016>

LA LUNA ERA MI TIERRA (1)

Pirandello, en un libro sobre «El humorismo», cuajado de citas comparativas: lo mismo que otros estudios críticos de

---

(1) Distribuidora Literaria (1948).

estetas alemanes, ingleses, italianos, franceses y españoles, que no estiman una pauta crítica exclusiva al procedimiento de narrar el argumento de las obras, analiza y aprecia, desde diversos ángulos, esta modalidad del espíritu.

Y afirma que Aristófanes no es humorista y que lo es, en cambio, Sócrates, que asiste a la representación de «Las Nubes» y ríe, con los demás, de la burla que de él hace el poeta. Agrega que Aristófanes tiene un propósito moral; y de ahí que el suyo nunca sea el mundo de la fantasía pura. Pues Aristófanes se refiere, continuamente, a cosas y a personas verdaderas; abstrae de modo hiperbólico de la realidad contingente y no crea una realidad fantástica.

Reside el humorismo, según Pirandello—el admirable autor de «Seis personajes en busca de autor», donde la inteligencia cumple también una dramática función especulativa—en un juego fantástico que se aproxima y huye de la realidad, sin abstraerla de modo hiperbólico, para excitar la fuga mágica de la risa.

Enrique Araya, el humorista que nos ha provocado estas reflexiones, capta en su primer libro, recién publicado, «La luna era mi tierra», una realidad que puede ser o no ser su propia vida, circunstancialmente parece serlo, y por su inclinación a abstraer de modo hiperbólico, transforma su relato de intención humorística, en una caricatura. Tan graciosa como exagerada, a veces; tan necesariamente fundamentada en la realidad, como grotesca. Pero este contraste ingenioso, sostenido en más de 300 páginas, empieza, después de los primeros aciertos, a mostrar su secreto, de modo que el lector sospecha que no será llevado a una realidad fantástica, para reír a sus anchas, sino a una realidad a ras del suelo, siempre deformada, lo mismo que la efigie del hombre flaco colocada frente a un espejo cóncavo.

Como la forma es pulcra y exhibe Araya una técnica instintiva para esbozar y desarrollar sus cuadros, siempre en el terreno de la exageración, el lector acoge el libro con interés y ríe

mientras el almíbar no lo satura o, dicho de otro modo, mientras la continua exageración no lo habitúa a un mundo deformado, en el cual lo que carece de hipérbole, termina resultando monótono y bastardo. Aunque el autor, siguiendo el ejemplo de Sócrates, se ría de sí mismo, en una búsqueda de la realidad que él mismo realiza, con un ánimo escéptico, de asordinada ironía, en ciertos casos, que puede llevarlo a un éxito insospechable. En el terreno del puro humorismo, se entiende, de aquel oscilante en la más desenfadada fantasía.